

Relieves

Por Jorge Mañach

En torno al Museo Nacional

A YER visité el llamado "Palacio de Bellas Artes", y la primera grata impresión que tuve fué la de advertir que en la fachada principal



del edificio no se le ha puesto ese nombre, pomposo por un lado y limitadísimo por otro, sino sencillamente el de Museo Nacional. A reserva de volver sobre este punto, me siento ante todo en el

deber de celebrar los progresos que se han hecho en la construcción del edificio, y la perspectiva que parece haber de que efectivamente se concluya en fecha próxima: acaso para el 24 de febrero.

Este deber se me impone en conciencia por lo mismo que hace sólo algunas semanas ironicé un poco, melancólicamente, sobre la desidia y el incumplimiento de promesas al respecto. Uno debe estar a la censura, pero también al aplauso. Y eso, aunque el segundo extremo de esta norma no resulte, hoy por hoy, nada simpático en ciertas zonas de apasionado resentimiento. Suele pensarse en ellas, en efecto, que a la presente administración pública no se le deben hacer "concesiones" de ningún género, por su pecado político original: ni siquiera la concesión del aplauso a tal o cual renglón de eficacia administrativa.

Francamente, me parece excesivo. Mal que bien, la Administración está ahí, como lo está el Régimen todo. Esta no se convalida, ciertamente, por un acierto o varios aciertos aislados de administración. Es más: cabe hasta sostener que mientras mayor suma de rendimiento de ese tipo dé un régimen constituido a espaldas de las normas de vida pública de un pueblo, más tiende a comprometer el prestigio de esas normas y a infundir en la conciencia pública la idea de que sólo la concentración inconsulta del poder es eficaz para servir el interés público. Para preservarse de esta peligrosa inferencia, bastará recordar que las dictaduras hacen por un lado, por el lado del or-

den y de la construcción material, lo que por otro lado destruyen, por el lado de la libertad y del desarrollo moral e histórico de un pueblo. La tragedia de la democracia es que estos valores que ella tiende más a defender son tan delicados que no todo el mundo los percibe, ni se percata de su valor, y además son particularmente "viciables" por su naturaleza misma.

Pero todo esto se aparta ya mucho del objeto del presente artículo. Resumamos la digresión recordando aquello de la sabiduría proverbial: "Del lobo, un pelo", y congratulemos de que, entre tantas esterilidades y dislocamientos, algunas cosas por lo menos se vayan logrando: entre ellas esa del edificio para el Museo Nacio-

nal. Convendrá recordar, por otra parte (repartiendo la justicia como es debido) que la idea de este edificio viene de atrás: de los tiempos del Presidente Prío. Fue entonces cuando se tomaron las primeras y más difíciles decisiones, como la de desplazar del Mercado del Polvorín a los mercaderes; y si pudo conquistarse para eso la voluntad oficial, se debió a la presión tenaz de una institución de ciudadanos: el Patronato Pro-Museo de Bellas Artes.

Ahora, después de mucho jadeo y vicisitudes, y gracias en buena parte a la Comisión del Centenario de Martí, que aportó lo más del dinero, Cuba va a tener en su capital un edificio moderno, realmente espléndido, de esmeros estructurales y técnicos que probablemente harán de él el mejor de su género y tamaño en el mundo. En este aspecto, nunca podrá ponderarse demasiado la labor del grupo de arquitectos que en esa construcción pusieron su saber y sus entusiasmos, particularmente el señor Pichardo. Sabe él ya de feconología museal todo lo que puede saberse, y dentro de sus posibilidades financieras—en todo momento muy ceñidas—ha hecho una obra realmente ejemplar.

Ahora lo que falta es que haya algo digno que poner en ese amplio y bello ámbito. Por lo pronto, convendría renunciar definitivamente cuanto antes a eso de "Palacio de Bellas Artes". Si es



9

2)

palacio, ello por sí se alaba, y no hay que restregarlo provincianamente, imitando denominaciones extranjeras. Además, no se trata sólo de albergar allí manifestaciones de "Bellas Artes"—concepto muy vago y raído. Es, sencillamente, un lugar donde exhibir todas aquellas manifestaciones de cultura susceptibles de expresión concreta. Por tanto, también "artes industriales", también "arqueología", también muestras del proceso social cubano a través del vestido y de la vivienda, por ejemplo; también reliquias históricas, mientras no se prefiera reservar para éstas un ámbito especial y aparte. El edificio es suficientemente grande para toda esa diversidad de exposiciones; es más: será necesaria esa variedad de "fondos" para que no parezca vacío. Y, sobre todo, urge darle esa amplia dimensión de servicio a la curiosidad pública para hacer de él una institución educativa popular, adonde la gente no vaya sólo a admirar cuadros, sino a instruirse, a la vez que en lo estético, en lo tecnológico y en lo histórico. Es, pues, pura y simplemente, el Museo Nacional, y lo de "Palacio de Bellas Artes" le sobra en lo de "palacio" y se le queda corto en lo de "Bellas Artes".

Después, la necesidad urgentísima es que la institución se organice como es debido. De lo que acabo de decir se infiere que no debe estar bajo la égida de un "Patronato Nacional de Bellas Artes", como contempló cierto proyecto de legislación que el Consejo Consultivo aprobó para la consideración final del Ejecutivo, sino bajo un "Patronato de Cultura Museal", que es lo que ha sugerido, al revisar ese acuerdo legislativo, el Patronato Pro-Museo Nacional a que antes me referí. Y ese "Patronato de Cultura Museal", cuya designación novedosa no debe estorbarnos, ha de organizarse con la mayor suma de autonomía compatible con una institución del Estado. Sólo de esa manera, sólo poniendo la institución en manos muy competentes, muy serias, muy ajenas a los vaivenes y otros peligros de la influencia política, se podrá crear en torno a ella el ambiente de confianza pública indispensable para muchas cosas, y sobre todo para que, por ejemplo, los hombres ricos de Cuba donen obras al Museo o las depositen en él para el disfrute público.

Si así se organiza el Museo Nacional, puede que por lo menos eso quede como saldo concreto del Centenario de Martí—una institución de cultura popular en gran estilo.

Mu, en 31/10/54



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA